

REVISTA ILUSTRADA

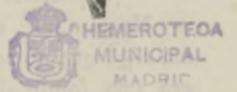
REDACCIÓN

D. BENITO PÉREZ GALDÓS
D. LEOPOLDO ALAS

D. EUGENIO SELLES
D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

D. JOSÉ YXART

COLABORADORES: LOS PRINCIPALES LITERATOS ESPAÑOLES



Año 1883

Barcelona, 1.º Abril

Núm. 8

ARTE.—Estudio, de Juan Llimona.—Costumbres venecianas, dibujo de Juan Llimona, grabado de M. Joarizti.—Paisaje, de J. M. Marques, grabado de Thomas.

LETRAS.—El último bohemio, por D. Armando Palacio Valdés.—Crónica literaria, por Clarín.—Una dolosa inédita, por D. Ramón de Campoamor.—Los estrenos en mi tiempo, por D. Tomás Tuero.—El poder de los ojos, por D. Gines Alberola.—Noticias y comentarios.



EL ÚLTIMO BOHEMIO



ESTUDIO, DE JUAN LLIMONA

No hace todavía el año que pasando por la Carrera de San Jerónimo dí con un amigo periodista, que me dijo al tiempo de saludarme: —Vaya V. por la calle de Sevilla y verá V. á Pelayo del Castillo acostado en la acera.—

Había oído hablar muchísimo de este personaje y tenía la cabeza llena de sus extravagancias y proezas tabernarias: había visto en los teatros una pieza suya titulada *El que nace para ochavo* no desprovista enteramente de gracia: no quise, pues, perder la ocasión de conocerle. A los pocos pasos encontré á Urbano González Serrano, conocido seguramente de todos mis lectores, y le invité á venir conmigo, lo que aceptó con gusto. Ambos nos dirigimos al lugar que me habían designado, ó sea, la acera de la calle de Sevilla colocada en el sitio de los recientes derribos, donde tumbado boca arriba con la cabeza apoyada en una piedra y expuesto á los rigores del sol vimos á un mendigo sucio y desarrapado. ¡Cómo se nos había de ocurrir que aquel hombre fuese Pelayo del Castillo! Tenía la cabeza enteramente descubierta y llena de greñas, el rostro encendido, el cuerpo envuelto en un andrajo que parecía el residuo de una capa, los pies metidos en dos cosas asquerosas que en otro tiempo habían sido alpargatas.

Todo nos volvíamos mirar á un lado y á otro explorando la calle en busca de nuestro literato, sin lograr hallarle. Al fin nuestros ojos se encontraron y le pregunté recelosamente designando al mendigo:

—¿Será ese?

—¡Imposible!—replicó Serrano.

No obstante, en la frente de aquel hombre había algo que no suele verse en las de los braceros; era una frente degradada, pero era una frente donde se había pensado. Insistí en que lo averiguásemos y acercándonos á él, Serrano le sacudió levemente:

—Oiga V. . . . ¿es V. Don Pelayo del Castillo?

El mendigo se incorporó lentamente y restregándose los ojos y abriéndolos un poco con dificultad á causa de la gran irritación de los párpados, contestó mal humorado:

—No señor, yo no soy ese Pelayo del Castillo.

Serrano se quedó un instante suspenso. Los dos comprendimos, sin embargo, que era él.

—¿De veras no es V. Pelayo del Castillo?

—No señor.

Después de comunicarnos en voz baja nuestra opinión contraria, sacamos cada cual una moneda del bolsillo.

—Tome V.

—No señor—repuso rechazándolas con la mano y el gesto—yo no puedo aceptar eso. . . . yo no les conozco á ustedes.

—Somos dos aficionados á las letras; tome V.

Con algún trabajo hicimos que al fin las aceptase. Levantando entonces la cabeza que tenía doblada sobre el pecho nos preguntó:

—¿Á quién debo dar las gracias. . . .

—Nuestros nombres no importan nada: somos dos amigos de la literatura: quede V. con Dios.

Y nos alejamos apresuradamente mientras él repetía esforzando la voz:

—Gracias, caballeros. . . . yo quisiera saber. . . .

Á los pocos pasos volví la cara. Estaba mirando las monedas. Al verle de aquella suerte, sentado en el suelo cubierto de andrajos y la cabeza desnuda, al sol, me sentí conmovido. ¡Será posible que ese desdichado sea un literato; que haya escuchado los aplausos del público y alternado con los hombres más distinguidos de España! Y en aquel instante se me ocurrió escribir algo acerca del estado en que se hallan los literatos y artistas en nuestra nación. Celebro no haberlo hecho, porque desde entonces hasta ahora se han modificado bastante mis opiniones en este asunto.

Impresionado por el espectáculo que acababa de presenciar, no pude menos de dirigir *in mente* amargas recriminaciones á la patria que deja perecer de hambre á todo el que se dedica al cultivo de las letras y las artes y ensalza y pone sobre su cabeza á cualquier necio que se engolfa en la política sin más equipaje que su desvergüenza. Algo

y aun mucho de esto es verdad; pero no es toda la verdad. Para resolver un problema es necesario examinarlo en todos sus aspectos.

Primeramente, la nuestra, es una nación de diez y seis millones de habitantes: por lo mismo es absurdo pretender que el literato que vive del público, sea aquí remunerado como en Francia ó Inglaterra donde la población es más del doble. Demás de ser el número de lectores menor en absoluto, lo es también relativamente: si en Francia leen diez por cada ciento, en España no lee siquiera uno, entre otras razones porque no saben, y es fuerza por lo tanto que este uno ó este medio por ciento eche sobre sus hombros la carga de alimentar á todos los que con razón ó sin ella nos dedicamos á escribir para el público. Harto hace á mi entender con ayudarnos á vivir modestamente: no le pidamos hoteles, coches y alfombras como en Francia ó Inglaterra porque no puede dárnoslos.

Claro es que el número insignificante de lectores depende del atraso del país, del detestable gobierno que nos ha regido, nos rige y nos regirá, de la influencia venenosa de la política y de otras mil causas enumeradas á la continua en libros y en periódicos. Aquí está la parte de culpa de la nación, que realmente no es menuda.

Mas también los artistas y literatos ayudan con su conducta al estado miserable en que se hallan. En España se ha entendido hasta ahora que el poeta ó el artista es un sér mitad humano mitad angélico á quien no sientan bien los deberes y hábitos exigidos á los demás hombres. Todo hombre debe trabajar para ganarse el sustento; pues el literato no. Todo hombre debe ser previsor y separar de lo que gana una parte para mañana; pues el literato está exento de tal carga. Pasar la vida holgando y tomar la pluma en el momento de inspiración (que no suelen venir precisamente cuando se está ayuno); vender los productos del ingenio al primer editor usurero con quien se tropieza; gastarse el dinero alegremente en un día y pasar el resto del mes viviendo del crédito si es que lo hay; tal ha sido hasta la fecha el proceder de la mayor parte de nuestros literatos. En algo se han de distinguir los seres inspirados de los que no lo son.

Y si esta era la conducta de los grandes ingenios, de los hombres más eminentes, calcúlese cuál sería la de los adocenados, los que no pudiendo elevarse hasta ellos por la belleza de las obras imitan su vida exterior y hasta pretenden oscurecerla (y á veces lo consiguen) por medio de enormes extravagancias y atrocidades. Hubo una época en que la bohemia invadió toda la literatura. Para ser literato era preciso no sólo ser un perdulario sino afectararlo; vivir á la ventura, no pagar á la patrona (este era el artículo primero del código bohemio), dormir algunas veces al aire libre, rodar noche y día por los cafés, pedir dinero á todo el mundo con resolución de no devolverlo, ponerse las camisas y las botas de los amigos, *dar mico* al sastre, jugar, emborracharse, etc., etc. Los que tenían gracia solían emplearla en estas cosas y se hacían célebres. Todavía se cuentan con entusiasmo las pasadas que á sus patronas, sastres y zapateros han jugado algunos escritores de menor cuantía, y hay quien les admira por ellas más que por sus obras: quizá tengan razón, porque estos literatos tan chistosos para no pagar, no solían serlo tanto para escribir.

De la falange de los bohemios, que repito comprende la mayor parte de los escritores que han aparecido de treinta ó cuarenta años á esta parte, algunos, muy pocos por supuesto, han conseguido inmortalizarse con sus escritos; otros abandonando la literatura se han hecho personas formales y han entrado en la política ó los negocios: estos son los que mejor han librado; pero uno que otro, ó más viciosos ó más soberbios ó menos aptos han persistido con extraña tenacidad en su vida aventurera y en sus costumbres abyectas que los han conducido rápidamente á un abismo de degradación. El

representante genuino de estos últimos, el más empedernido, el que gozaba de más notoriedad era Pelayo del Castillo, fallecido recientemente en el hospital. Este desgraciado fué víctima de su indolencia y de sus vicios, pero en parte también de las ideas dominantes en su tiempo acerca del papel que en el mundo debe el literato representar. Si en vez de celebrarse como chistes los vicios, el desaseo, la desvergüenza y el desarreglo de las costumbres, se consideraran como graves y repugnantes defectos, ni este ni otros desdichados hubiesen llegado á tal extremo de miseria. Nada hay tan funesto como presentar al hombre un ideal que no esté de acuerdo con los preceptos de la virtud y halague al propio tiempo sus malas propensiones.

Por fortuna el ideal ha desaparecido y sus representantes no tardarán en desaparecer. El literato ya no pide á la sociedad privilegios inmorales: es un hombre que debe trabajar como los demás y sacar el mejor partido posible de sus productos. Si no puede vivir de la pluma, porque en España no existan todavía medios de remunerarle cumplidamente, debe alternar sus ocupaciones literarias con otras de diversa índole. Si puede vivir, aunque sea modestamente, debe trabajar diariamente como cualquier otro obrero. Claro es que no se le han de exigir las mismas horas de trabajo que á un covachuelista porque el del escritor es más intenso; pero se marcará las que sin detrimento de la salud pueda llenar. La teoría de la inspiración es falsa y ridícula: la inspiración acude delante de las cuartillas y de los libros, no en las mesas de los cafés ni en las salas de juego: cuando no gusta lo que se ha escrito, se rompe y se escribe de nuevo preparándose convenientemente con el estudio y la meditación; pero no se van á buscar ideas á la ruleta.

Hay ejemplos irrecusables que comprueban la verdad de lo que acabo de manifestar. El hombre más inspirado del siglo diez y nueve, Víctor Hugo, el inmortal autor de las *Hojas de Otoño*, trabaja diariamente un número crecido de horas. Balzac, el coloso que rivaliza con él, trabajó más que nadie en el mundo. Ni uno ni otro han necesitado esperar la inspiración jugando á las siete y media. No obstante, es fuerza declarar que para llevar á cabo lo que estos hombres, además de su ingenio soberano, se necesita un gran vigor corporal que pocos poseen: mas á nadie se le pide sino lo que puede ejecutar buenamente. En España tenemos dos ejemplos notabilísimos: uno es el del primero de los oradores contemporáneos, D. Emilio Castelar, el cual se puede decir que trabaja de la salida á la puesta del sol como el último obrero, haciendo sudar á todas las prensas del orbe y atendiendo al propio tiempo á sus tareas políticas: es de la raza de los atletas como Víctor Hugo y Balzac. Otro es el ilustre novelista D. Benito Pérez Galdós, embebido noche y día en un intenso trabajo literario, aprovechando todos los momentos de la existencia para preparar y escribir sus obras inmortales.

Abandonemos, pues, para siempre el romanticismo bohemio, plaga de nuestra literatura, que degrada al escritor y le pone á merced de los intrigantes políticos y de los especuladores avaros. El literato necesita independencia, un relativo bienestar y sosiego para entregarse á su trabajo, el cual de esta suerte se hace leve y ameno. Nada me aflige tanto como ver á un hombre ilustre y respetado en la república de las letras, arrastrarse á los pies de cualquier político estólido en demanda de un destino ó una pensión: me parece que aún subsiste aquel doloroso estado del tiempo de Cervantes, en que los literatos eran los domésticos de los magnates; aún peor hoy, pues que tienen que adular á los que han sido sus compañeros, á quienes han aventajado siempre en el talento y que por dedicarse á la política, maltrechos quizá en la literatura, ocupan altas posiciones y otorgan mercedes.

Pero si todavía es poco lisonjera la situación

del escritor en España, en el horizonte se divisan ya señales de un nuevo y mejor estado. De algunos años á esta parte ha mejorado notablemente el aspecto económico de las letras: ya los autores ó poetas que abastecen el teatro, pueden vivir de sus obras, y dentro de algunos años tal vez los que escriben libros y artículos puedan hacer lo mismo. Se fundan casas editoriales serias y acaudaladas en sustitución de los editores sórdidos é ineptos que antes se lucraban con la miseria del escritor; muchos literatos administran sus obras con acierto, otros se hacen pagar dignamente, y casi han desaparecido los necios que por verse en letras de molde escriben de balde. En este respecto, preciso es confesar que la población de España que más está haciendo para procurar independencia al literato, beneficiando sus obras con habilidad en la península, explotando los mercados de América para nosotros cerrados hasta ahora y arriesgando fuertes capitales en este negocio, es Barcelona. Siguiendo de tal suerte y si Madrid no trabaja algo más en pró de las artes y las letras patrias, barrunto que pronto será Barcelona el centro intelectual de España.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

CRÓNICA LITERARIA

31 de Diciembre—1882.



Los sucesos de la vida literaria pueden fácilmente ser reseñados sin necesidad de ocupar muchas páginas. Es pobre la vida intelectual entre nosotros, y los hechos lo demuestran, contra todos los bien intencionados sofismas que pueda inventar un optimismo aparentemente patriótico. Apenas han dado señales de existencia en estos últimos meses los distintos géneros literarios que hoy se cultivan, excepción hecha del teatro, que si fuera bueno como es abundante sería excelente. Acaba de pasar la primera campaña literaria del año, la que viene después del natural descanso del estío, la campaña de Setiembre á Pascua de Navidad, la que suele ser más activa y más fecunda en productos del ingenio. Parece que cada autor reserva para este tiempo la publicación del libro que ha estado trabajando en la soledad del campo, ó entre el bullicio de un puerto de mar concurrido por los bañistas de lujo... pero este año el calor debe haber embotado las facultades de todos. Ni un solo libro propiamente literario hemos visto.

Se habla mucho de progreso intelectual; no hay duda que ese progreso existe, pero es con grandes intervalos de marasmo. Ahora, por ejemplo, se necesita estar ciego para no ver la atonía del ingenio nacional. Hay en España muchos hombres capaces de escribir bien— aunque no tantos como pregonan los periódicos— pero es lo cierto que casi nadie escribe. Así, bajan al sepulcro eminencias como Moreno Nieto, cuyo mérito, por completo, sólo podemos apreciar los que un año y otro vivimos á su lado oyendo su inspirada elocuencia, ya en discurso altisonante, ya en familiar debate; publicanse sus pocas obras escritas, y a pesar de que en ellas el observador podrá notar en cualquier tiempo llamaradas del ingenio poderoso que trazó aquellos párrafos, no podrá justificarse á los ojos de la posteridad, por tan reducida muestra, todo el valor que sus contemporáneos concedimos al espíritu de aquel grande hombre. ¡Y cuantos como él! Cuántos de los muertos recientemente tienen la misma historia, son como el Presidente del Ateneo luminosos meteoros que sólo dejan la oscuridad del espacio detrás de sí.

Y cuantos, entre los hombres eminentes que viven y pudieran escribir notables producciones, pasaran lo mismo, sin llegar á su pueblo sólida y duradera prueba de su talento! No es esta ocasión, aunque en esta misma Revista hemos de hacerlo, de estudiar detenidamente las causas de tan triste fenómeno, pero cabe indicar de pasada, que existe entre los escritores que no escriben un excepticismo exagerado respecto de la eficacia del libro en España. Todos saben que aquí se lee muy poco, y fundados en esto, y temerosos además de dar gusto á la maledicencia, sin compensación alguna, se abstienen de publicar los libros que, aun pensados, desechan como tentación peligrosa.

Es también cierto que antes de sazón se ha criado aquí un espíritu crítico que todo lo mata en flor, lo mismo lo propio que lo ajeno. Como se lee lo que en Francia se escribe, se ha vivido con el pensamiento, por la lectura, todo lo que literariamente Francia vivió, y el cansancio que sigue á un excesivo trabajo cerebral, da por natural resultado ese refinamiento del gusto, debido

en parte á la debilidad, al agotamiento de las fuerzas. Pero lo que es más allá de los Pirineos consecuencia natural, es aquí afectación empalagosa: somos como el muchacho de nuestros salones cortesanos que antes de conocer el mundo, sólo por lo que ha oído, lo da por visto y se hasta á priori. Si es mal sano este excepticismo crítico que va siendo ya aquí patrimonio de las inteligencias más vulgares, no hay para qué darse en España por aburridos de muchas cosas que no hemos probado siquiera. Pongamos un ejemplo: el naturalismo. Aquí se han agotado todas las formas de la ironía usadas ya en Francia, por supuesto, para combatir esta escuela... cuando el naturalismo en España apenas aparece, y tardará mucho tiempo en poder llegar á la inteligencia general, ó lo que se llama malamente el sentir común del público. Criticándolo todo, agostándolo todo en cuanto asoma, por manía, por prurito de distinguirse, se trabaja contra la fecundidad del ingenio nacional. Porque ni el que critica escribe obras literarias de las llamadas positivas, ni los demás se atreven á emprenderlas por miedo á esos censores que nada perdonan. Es claro que yo no me refiero con esto á los pocos, poquísimos críticos verdaderos, que si casi siempre tratan mal á los autores, es porque casi siempre lo merecen; para estos el espíritu de examen y la negación no son asunto de moda, saben entusiasmarse con lo bueno, saben distinguir; lo pernicioso es el afán de criticar del vulgo de los aficionados, y de los que no lo son siquiera.

Pero ¿es esta la única causa del retraimiento literario, por decirlo así, que lamentamos todos? No por cierto. Hay otras muchas, que será conveniente ir estudiando, según la ocasión se presente.

Ni una sola novela se ha publicado en estos últimos meses. Es este el género que ofrece esperanzas de próximo florecimiento, pues cuenta ya con autores insignes, algunos de los cuales traen á la literatura española tendencia y energías del todo nuevas y muy necesarias para la vida en la atmósfera social de nuestro tiempo. Pero esos mismos descansan ahora. Calla Valera, del cual, por vagos rumores, creo saber que prepara una nueva obra de imaginación. Sea en buen hora, pues si críticos de esos que lo llevan todo á rajatabla, por no saber hacerlo de otra manera, le han dicho que le faltaba fantasía para este género, fue notoria injusticia. Podrá no ser Valera el mejor novelista de España, quizá su manera de entender y cultivar el género no es la más propia de las aspiraciones actuales, pero de todas suertes sus libros de imaginación son excelentes, joyas del habla castellana, originales, llenos de vida y frescura y de una preciosísima malicia que es la nota del humor de Valera.

Alarcón, después de su *Pródiga*, calla. No sé si descansa ó si trabaja en silencio.

De Pereda he oído decir también que prepara algo nuevo, pero no puedo asegurar que sea cierto.

Galdós, que ha estado descansando también, después del gran esfuerzo de *La Desheredada* y la edición lujosa de sus *Episodios*, ahora vuelve á su ordinaria tarea, en la que es asiduo y constante como un Balzac, merced á lo cual puede ser tan fecundo. Galdós no entiende que el novelista deba ser *tendencioso*, pero si que debe estudiar determinadas relaciones de la vida, sin el propósito de concluir tal ó cual afirmación, si penetrando con observación directa en la realidad de las cosas y no más. Así es cómo tiene que producir hoy, dígame lo que se quiera, el novelista que quiera colocarse en la corriente del tiempo. El autor del *Amigo Manso* tiene ahora el proyecto de una nueva serie de obras que llegarán como al número de diez; su asunto será siempre contemporáneo, algo que interese á nuestra vida actual. La vida del clero, por ejemplo, no en la relación religiosa, sino en la relación social y en el carácter, aspecto en que la consideró en varias novelas un notable escritor francés, y Zola, en la *Conquête de Plassence*, será una de las materias que Galdós estudie y aproveche. También quiere hacer la novela de la curia, que aquí directamente, por observación inmediata, no se ha hecho jamás. ¡Y hay quien dice que en la novela no se puede hacer nada nuevo! España es un país fecundísimo en elementos artísticos para el novelista que sepa trabajar con conciencia, ver y observar y copiar la vida variada y característica de nuestro pueblo. Lo que está agotado es la novela de patrón, la de los tipos y costumbres de guardarropía; la de la observación inmediata y descripción fiel se puede decir que apenas empieza.

El asunto que creo va á ser tratado antes que todos por Galdós es la educación. Pienso que se trata de la novela de aquel *Felipín* que dejó el autor en Mariñela lleno de sueños de ambición y escapando en busca de la fortuna. Galdós, estos días, estudia los principales libros de verdaderos ingenios que tratan el gran problema de la educación, el de Spencer, entre otros; pero además estudia en el mundo, en la realidad que le rodea, el mismo asunto. ¡Cómo consuela el ánimo afligido por tanta pereza y tanta apatía, esta actividad fructífera del gran escritor castellano! Pero ya lo ve el lector, todo es prometer, todo es anunciar futuros acontecimientos. Para hablar de algo bueno (entre mucho malo) que sea ya efectivo, es necesario volver la atención al teatro.

El acontecimiento notable de la primera época de la temporada cómica ha sido el drama de D. José Echegaráy *Conflicto entre dos deberes*. De su mérito y significación ya he hablado á los lectores de la REVISTA DE ARTE Y LETRAS, y no quiero repetir lo antes dicho. Acaso cuando este artículo se publique se hayan puesto ya en escena, ó estén próximos á ponerse, el drama de Sellés *Las esculturas de carne* y la comedia de Ceferino Palencia *Nieves*. De esta última nada sé, sino que á la hora en que escribo, su joven autor, esperanza del arte, se ocupa en escribir y limar las últimas escenas. De *Las esculturas de carne* pudiera decir algo más, si no fuera indiscreción. Después de suculento almuerzo, que no pagaba el autor, ni yo tampoco, oí á Sellés leer el acto segundo y el tercero de su drama, el último todavía sin el último aliño. Sellés trabajó como un escultor esas esculturas; como trabaja siempre; es de los que miden y pesan las palabras: el resultado de este penoso trabajo, lento y difícil, es una dicción correcta, pura y sobria. No quiero anticiparme al juicio del público respecto del drama de Sellés; diré sólo que cualquiera que sea el éxito en conjunto, hay parlamentos y situaciones en las *Esculturas de carne* que necesariamente han de ser aplaudidos, y daran ocasión nueva á Vico, al eminente actor, para lucir sus grandes facultades. ¡Lástima que los demás elementos de la compañía de Apolo no estén, ni con mucho, a la altura del drama de Sellés! La señorita Mendoza Tenorio ha escogido un papel secundario. ¿Por qué? ¿Acaso porque el principal es el de una esposa adúltera?... Pero ¿no ve la Srta. Mendoza Tenorio que no hay inconveniente físico ni moral para que finja una esposa adúltera... la que ni siquiera es esposa?...

Vasco Núñez de Balboa se titula un drama en tres actos y un prólogo, todo él en verso, ya endecasílabos, ya octosílabos, que se está representando en Apolo. Vico tiene la desgracia de que este año todos los autores noveles han ido a pedir cabida en su teatro. Vendrá luego un drama de un Sr. Valdivia (*La muralla de hielo*, que quiera Dios que no sea el público), otro del Sr. Bremon (*El mundo de los sueños*, que plegue á la Providencia no sea el teatro), y aunque el Sr. Vico sabe aprovechar las pocas ocasiones que en tales obras se le ofrecen de probar su gran talento, es de sentir que no acompañe al mérito de la declamación el mérito del texto. En esa armonía está el verdadero encanto del arte.

En la Comedia se representa *Sin familia*, de Miguel Echegaráy, obra que tiene un primer acto que es una esperanza de una verdadera comedia de costumbres. Los otros dos actos son el desengaño.

Y nada más.

En materia de poesía lírica (buena), lo único nuevo que yo sepa es la *dolora* de Campoamor, que verán ustedes en este número de la REVISTA, que la publica por primera vez.

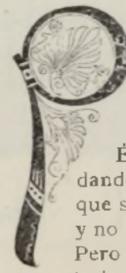
Concluiré con la tristeza con que empecé esta crónica. Sirve para el caso una noticia que es toda una elegía.

Ha dejado de publicarse la *Revista Hispano-Americana* que con tan buenos auspicios había comenzado. Su pecado capital fué... ser una revista seria, obra de arte verdadera.

Y otro defecto capital tenía: pagar bien á los colaboradores. ¡Error profundo! En España todavía, todo editor que quiera prosperar debe consignar esta partida en su presupuesto de gastos: «Redacción, 00,000.»— Dios haga que esta REVISTA pueda ser una excepción.

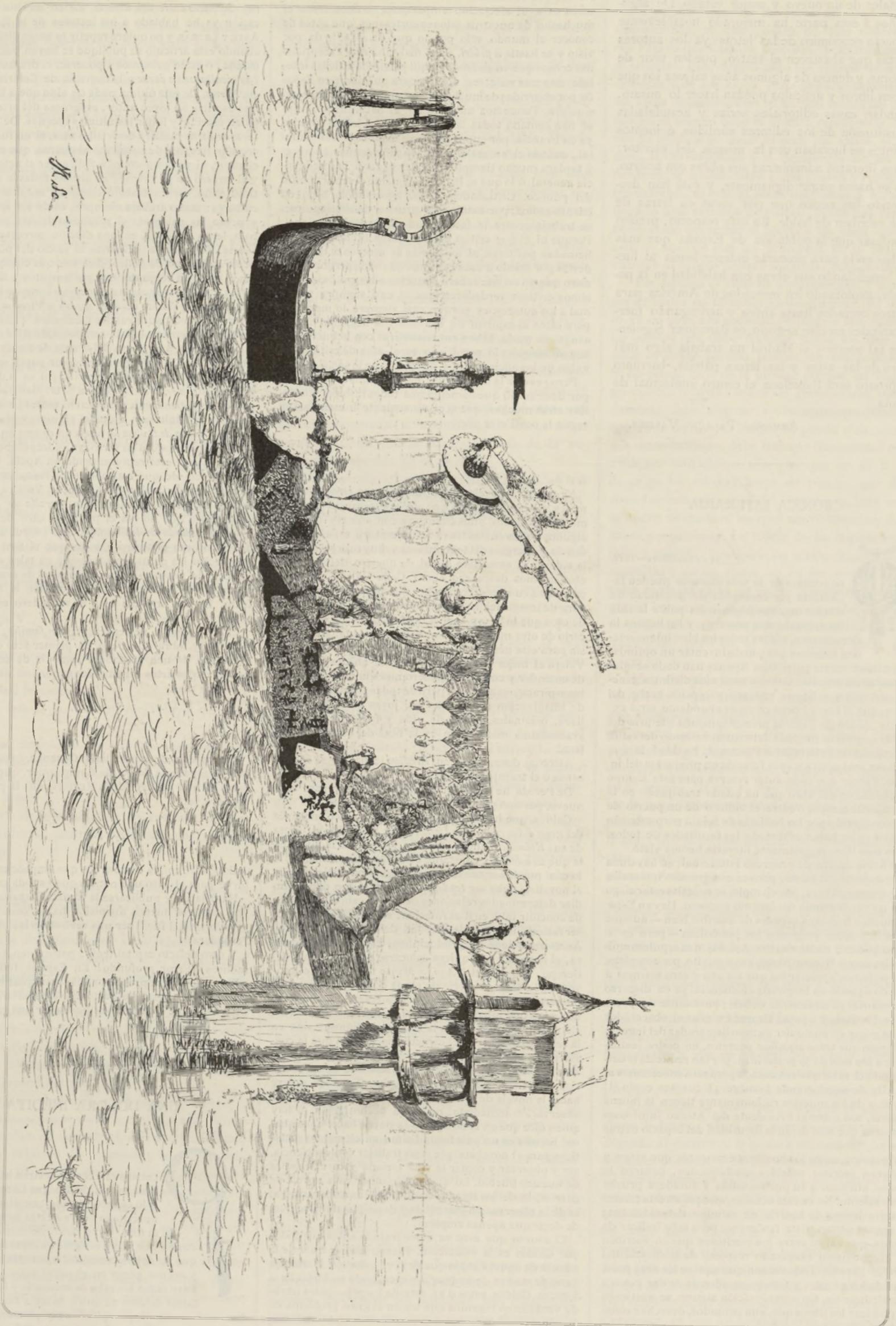
CLARÍN.

UNA DOLORA INÉDITA

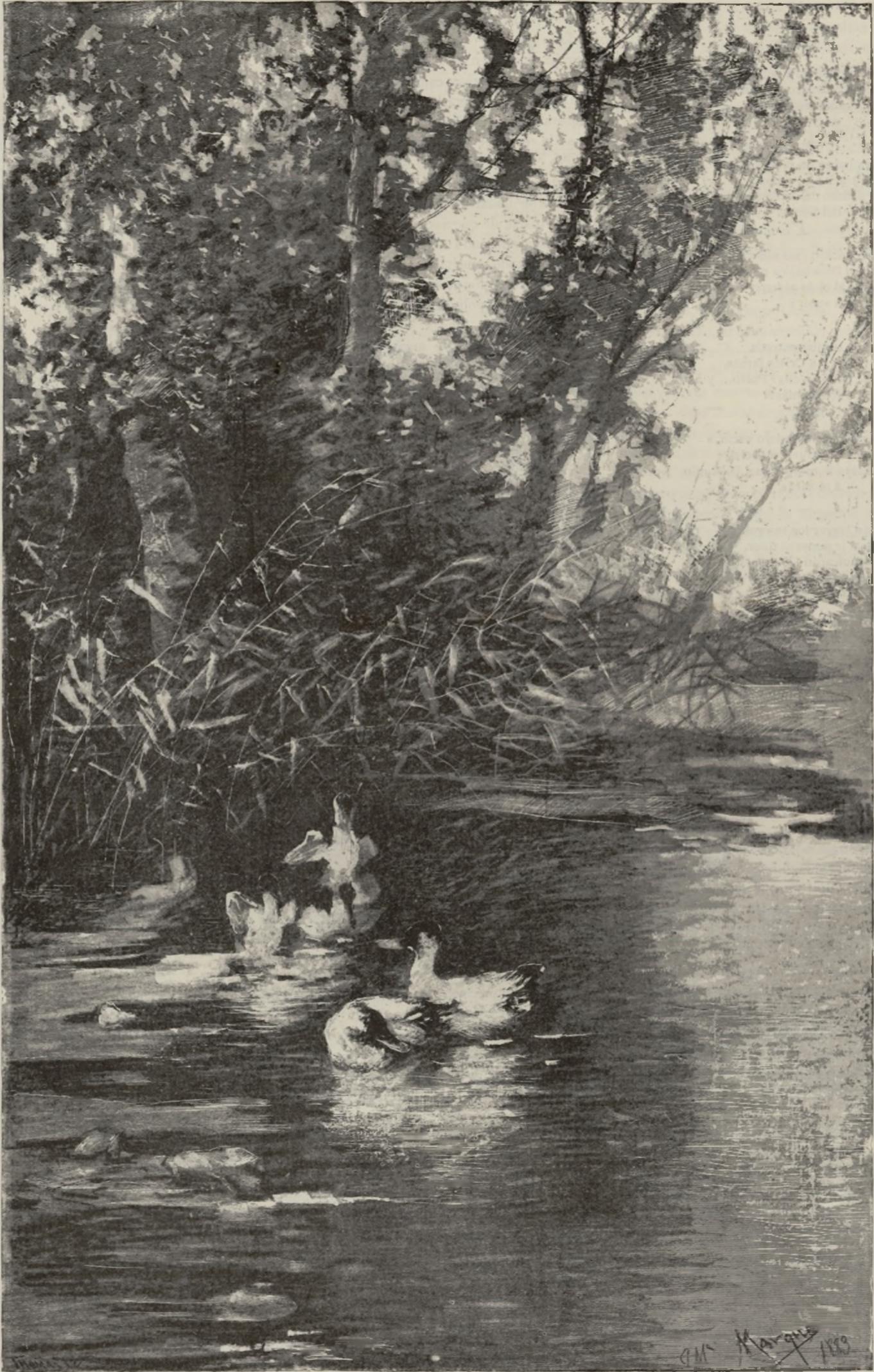


ODEMOS ofrecer á nuestros lectores la última poesía del insigne Campoamor. No sólo es inédita, sino que ni siquiera manuscrita la posee á estas horas su autor.

Él la hizo, como suele, de memoria. Recordando que es, en el siglo, un conservador, creyó que su dolora contradecía sus opiniones políticas y no osó poner en el papel aquellos versos— Pero como los sabe de memoria y hubo de recitarlos delante de quien la tenía buena... la dolora está escrita. Hoy se publica por primera vez. La indiscreción no es grande, porque nadie ignora que Campoamor el poeta no es el Campoamor que fué gobernador, consejero de Estado, diputado á Cortes y no sabemos si gran cruz.— Seguros estamos de que el autor de los *Pequeños poemas* nos perdonará, porque sus versos no deben tener *vida privada*. Tarde ó temprano esta dolora había de publicarse... Es como sigue:



COSTUMBRES VENECIANAS.—DIBUJO DE JUAN LIMONA.—GRABADO DE M. JOARIZZI



PAISAJE, DE J. M. MARQUÉS — GRABADO DE THOMAS

LA CRUZADA DE PACHÍN

DOLORA

Como cruzado á Judea
fué de escudero Pachín
con el abad de la aldea
de Serín.

Para hacer un relicario,
juró traer á su amor
un pedazo del sudario
del Señor.

Pero Pachín ¿no sabía
que, si Dios bajó á morir,
volvió al cielo al tercer día
á subir?

Y si la tumba sagrada
no encerró á Cristo jamás,
¿qué halló en ella? Polvo... y nada...
¡Nada más!

— «¡Por un sepulcro vacío,»
Pachín se atrevió á decir,
«cuanto hombre viene, Dios mío,
á morir!»

Y sin lograr los tesoros
que al ir pensaba traer,
le vapulearon los moros
al volver.

Perdió su fe en tal jornada
y se condenó por fin...
Así acabó la cruzada
de Pachín.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LOS ESTRENOS EN MI TIEMPO

No se trata aquí de las *sabandijas literarias* que el amigo Picón examinó recientemente en el *Imparcial*, como naturalista curioso... Ni esas sabandijas, en rigor, merecen los honores de que nadie haga anatomía de ellas, siquiera porque no piensen lo que sus hermanas de la fábula; ni ofrece en realidad peligro alguno, y carácter de plaga mucho menos, esa apreciable clase de reptiles que, con decir que viven en agujeros, como oportunamente ha consignado el Sr. Picón, bien se comprende ya su grandísima insignificancia.

Nada de sabandijas, elemento que siempre influyó poco en la literatura. Lo que va tomando proporciones formidables, lo que hace del teatro en noches de estreno un sitio verdaderamente imposible, es la necesidad acosándonos en todas las formas, menos la de culebra, que han dado en decir, y que es la forma más inofensiva.

¡Los necios! Ahí está el enemigo... todo lo demás es pura retórica.

¿Quién no oyó hablar de las *aristocracias* de los estrenos?

Pues no hay nada que más descorazone que esa obligada discusión de pasillo entre dichas aristocracias, frase que inventó un revistero para incluirse delicadamente en la del *talento*, ya que en la de la sangre consideró que no había términos hábiles.

Porque es de advertir que los necios de que hablo son, en cierto sentido, lo mejor, lo selecto, algo que, efectivamente, llega á constituir una aristocra-

cia positiva, la más tremenda é influyente de todas: la *aristocracia* del vulgo.

Á mí me desespera esta vulgaridad de los hombres distinguidos... Tal, que ha sido ministro y todo lo que hay que ser en España, se digna emitir su opinión en un círculo de periodistas menudos, que le escuchan como al oráculo de Delfos. Aproximémonos un poco... El personaje habla de literatura ¿porqué no? ¿No tiene talento suficiente? ¿No se le reconoce una gran intención parlamentaria? ¿No estuvo á punto de derribar al Gobierno en la sesión del jueves? Pues qué más se necesita para disertar lindamente sobre una comedia ó un drama? Aparte de que nuestro ex-ministro—él mismo lo está confesando ahora, sin avergonzarse—también cuando muchacho tuvo sus aficiones y compuso sus renglones cortos; pero después los estudios serios, la política, esta vida agitada—arrastrada debía decir—quizá estéril—lo de estéril lo dice con un dejo de amargura—pero absorbente, le desvió de sus particulares preferencias, que bien sabe Dios... Pero en fin, también la vida pública puede tener encantos: no es la gloria, esa gloria purísima del poeta—esto lo dice con una modestia y un orgullo increíbles—pero es la satisfacción íntima con un poco de vanidad á veces... Alguien ha de servir al país... En seguida, en dos pinceladas, traza el cuadro de todo el arte griego... la forma... el Partenón... y reniega de la literatura germánica, toda brumas, toda sombras. Él está por la luz... Nuestro teatro es bello como el sol. En el *Alcalde de Zalamea* palpita ya el espíritu democrático... El hombre es un compuesto de ángel y de bestia: el naturalismo corta las alas al ángel, y se queda con la bestia sólo... El arte es el ideal...

¡Necio!

Ese hombre que ahora se marcha dejando abortos á todos los que le escucharon, créanme ustedes, es un necio, un Excelentísimo señor necio, que habla de arte por darse tono, porque ha sido ministro y quiere volver á serlo, sin que le preocupe en modo alguno la forma. Ese hombre empleó á muchos literatos, y los desprecia.

Ahí viene otro que tiene alguna afinidad con el anterior, pero de un género más nocivo... Ese es *crítico dramático*, accidentalmente. Sobre las demás tareas del periodismo, la de examinar obras de arte es de una delicadeza extremada... Se supone aquí un roce con lo espiritual que atrae; y los que, en efecto, no se sienten atraídos por naturaleza, que son muchos, reconociendo en eso como el toque de las organizaciones privilegiadas, fingen la superioridad que no existe. He ahí toda la historia de ese hombre... Dirige un periódico, y quien manda, manda. Antes estaba encargado de la *sección* un joven, inteligente sin duda, pero algo cursi... Sobre todo escribía con una violencia inconcebible: hasta cuando elogiaba era violento. ¡Tenía fe, el pobre diablo! Una noche el director le recomendó un drama de un amigo suyo, discípulo y *correligionario de toda la vida*... No había hecho dramas nunca, pero tenía un talento de primera en cuestión de elecciones.—El muchacho vió, en efecto, *Vellido Dolfos*, y lo trató después como á un traidor desalmado. El director, que no pudo evitarlo por ausencia, se puso furioso, y lo *separó* de la redacción. Al más íntimo amigo le decían la verdad de su drama; no había de quien fiar... Desde entonces se encargó él de la crítica, y así sale ella. Alejado en absoluto de las letras, hacia las que no siente ninguna vocación, ni cariño, ni interés; sin ningún estudio especial, ni siquiera un temperamento apto que siente la belleza por instinto; hombre que, en el fondo, no se explica esas cosas, sobre todo el entusiasmo sincero, dirige la opinión del vulgo ¡él, que es vulgo hasta la médula! y con la misma pluma con que ha hecho elegantemente el extracto de una sesión reseña el acontecimiento teatral sin amor y sin odio; sin que ponga jamás en la apreciación de una obra mayor parte de su alma que en una

crónica del Congreso ó en una revista del Bolsín...

¡Necio también! Vedle cómo sigue al ex-ministro, que después de todo le importa mucho más... Y mañana llenará una columna de un popular periódico, con la correcta prosa de sus vulgaridades.

¡Pero calle, otro periodista muy leído!... Es *Vegueta*, el niño mimado de todos los salones, merced á la facilidad con que, de puro necio, compromete la honra de una dama... Ese, en cuanto á crítica no suele ser tampoco muy exigente. Divide las obras en *monstruosas* y *no monstruosas*; el realismo lo considera como una importación francesa—¡él, que importó de Francia hasta las patillas!—funesta para nuestro riquísimo teatro nacional, y encontró *embêtantes* en su día, á Sara Bernhardt y á la Marini. Tiene un *faible*, Feuillet, y cuando lo dice, le entran á uno ganas de pegarle.

Sus revistas se ejercen en una jurisdicción especial... no temáis que censure á la primera dama porque destruyó la escena en que reconoce á su hijo; pero, en cambio, si esa dama dió algo que decir en el mundo ¡temedlo todo! Es capaz de jugar del vocablo de la maternidad, y de hacer referencia á algún duque, antiguo amigo de la actriz, para consignar maliciosas afinidades... Todo ello sin intención, créanlo ustedes. No es que tenga buena intención tampoco, sino que es un imbécil.

¿Quién es aquel que manotea allí con tamaña energía? ¡Dios del cielo, huyamos! Ese es un catedrático, que no puedo explicarme cómo ha llegado á catedrar. Hombre de convicciones, como él dice, está convencido de una porción de sandeces que nadie en el mundo le puede sacar de la cabeza. No suele frecuentar los teatros; el teatro, en su opinión, como *predominantemente sensual* que es, pertenece á la esfera más ínfima del arte. Prefiere encerrarse en su biblioteca de la calle del Caballero de Gracia, 20, y pensar allí en las musarañas de su filosofía. Pero viene á veces—yo creo que siempre que le regalan la butaca—y si coge por tanda á algún desdichado, le abraza con eso de que el elemento *sensual* priva allí, y de que prefiere encerrarse, etc., armándole en seguida pendencia sobre si es ó no humano, y por lo tanto artístico, el que por ejemplo la adúltera empiece á amar al engañado esposo, precisamente en el punto y ora en que consumó el adulterio... Á mí, una noche, me propuso esa cuestión magna; yo, incautamente, y hasta algo distraído, le contesté que no, que no era humano, y ¡en mala hora! El catedrático entonces se creció—cabalmente era su cátedra la psicología—y comenzó á explicarme, como si fueran habas contadas, que se había observado siempre y en todas épocas, esa reacción hacia el deber en el momento de la culpa; que la mujer—y el hombre es casado—solicitada por múltiples y muy livianas corrientes, solía ser arrastrada de un modo invencible, resultando pudiéramos decir irresponsable—aquí sacó un poco de fisiología—pero como después del parto viene la postración, y así como después de la revolución viene la reacción, y después de Cánovas Sagasta, de igual manera la mujer después de la caída...

Recuerdo que daba tales voces para ensartar esos desatinos, que pronto fuimos centro de un grupo numeroso, y la gente escuchaba con profundo interés, para ir formando su opinión del drama, á aquel señor tan feo que parecía tener todos los trámites del adulterio al dedillo, y que en realidad no había hablado nunca con más mujer que la suya y algunas otras... en octavo mayor prolongado... Desde entonces, aunque es un infeliz, le juré eterno odio.

Aún quedan otros necios de mejor índole... Estos son simplemente pesados y ya es bastante. Por ejemplo, ese títere que se dirige á mí. Es aquel chico del Ateneo, el *gomoso* de la literatura, formidable amigo de todos los literatos y que se digna sin embargo, hablarme en donde quiera que me ve. Como está todo el día en el Ateneo, él fué

la causa de que yo me diera de baja en la primera corporación científica española; no le podía sufrir...

—¡Hola, amigo! ¿Qué le parece á V. de esto? ¿Inverosímil, verdad? ¡Si no fuera por la versificación! Y aún así... El carácter de Petra no es sostenido. Además, debió enseñar la carta. Elisa borda el papel. Tampoco encuentro justificada aquella salida...

Sin cuidarme yo de justificar la mfa, le dejo siempre con la palabra en la boca y tomo la puerta.

Pero... ¿qué ruido es ese? ¡Calle y alzan los bastones! ¡Si disputaban sobre el fin del arte! Tiene gracia... Ahora los llevan á la prevención. Serán dos importantes críticos acaso, según el calor con que lo tomaron...

¡Qué, no señor! Si á esos no les va ni les viene en el drama cosa alguna... Hoy los que más disputan y se enardecen, no tienen nada de común con las letras. Eran un empleado de Gobernación y un comandante, llenos de familia, que se juegan la vida en cada estreno, provocando las más borrascosas discusiones...

Valgan estas líneas de puntos por las demás clases de necios, de que hago caso omiso y que por allí bullen y aplauden y vociferan derrochando sus tesoros de necedades, mientras que el espectador inteligente, el literato verdadero, sonríe con mal disimulada ironía.

A veces esa sonrisa es profundamente melancólica.

Cuando el autor de la obra que se estrena resulta un necio también.

TOMÁS TUERO.

EL PODER DE LOS OJOS



ENTRE todos los órganos que constituyen el humano cuerpo, ninguno que sostenga comercio tan directo con el alma como los ojos. El dulce y tranquilo amor que el niño siente cuando, sin fuerzas casi para articular vocablos, reposa tranquilo en la cuna que su madre tiernamente mece; las exaltadas pasiones que en la edad viril se apoderan del aturrido joven, incitándole á realizar empresas descabelladas y aventureras, para las cuales cuenta siempre con muchos bríos, pero sin ninguna experiencia; los amores reposados y quietos de la edad madura; las ambiciones desmedidas por lograr títulos y amontonar bienes terrenos; la primera sombra de la nefasta duda en el alma y el primer aguijón de los rabiosos celos en el pecho; la satisfacción en la conciencia del justo, y el cruel y terrible remordimiento en la conciencia del criminal; todas las ideas que el hombre siente, como relámpagos, cruzar por su cerebro, y todas las pasiones que cauteloso guarda en su corazón, refléjanse por milagrosa manera, fiel é inconscientemente, en los ojos; los cuales son en verdad, según su privilegio de esculpir y hacer visibles los recónditos é impalpables pensamientos, el claro y límpido espejo del alma.

Cuando á la callada y en noche estrelladísima de estío, la pálida luz de la luna delate á vuestros ojos misterioso grupo, compuesto de mozo gentil, reclinado á los hierros de sólida reja, por entre los cuales se divide poética figura de hermosa mujer, y el murmurar monótono de la cercana fuente, y el gemir unísono de la lejana selva, y cantar seguido de los ruiseñores, impidan á vuestros oídos recoger el diálogo tierno de la amorosa pareja, abrid de par en par los ojos y atisbad con ellos si podéis, las sendas miradas de fuego de los dos amantes, seguros de hallar, en el calor de sus encendidas pupilas, la verdadera intensidad que mide el amor de sus mutuos corazones.

Ellos, los ojos, á la contemplación de un espectáculo grandioso, se abren desmesuradamente como para mostrar su embeleso, su encanto, su asombro

por todas las cosas bellas, ó se apartan y cierran á la vista de inmundo escenario y de repugnante escena, como para decir cuán invencible horror les causa el mal y el vicio; en ellos se retrata la alegría tan fácilmente como en el cristal del lago se reproducen las imágenes; ellos se inundan de lágrimas para expresar mejor las penas que al corazón ahogan, de igual modo que las pardas nubes en noches de tormenta asombran y deslucen el claror de las estrellas, para anunciar al mundo la próxima tempestad; de sus pupilas surgen elocuentes las palabras «desengaño» y «amor,» que los enamorados suelen traducir por «vida» ó «muerte,» y si en el torvo mirar de redomado personaje se lee su fin siniestro, en la mirada extática de varón justo se adivina su misticismo sublime.

Aparte la virtud magnética que de antiguo se sabe tiene la vista, aparte decir cómo los ojos de Pitágoras lograban sostener la atención de sus discípulos en la cátedra, con mayor vigor aún cuanto más abstrusas é ideales eran sus explicaciones; aparte relatar el milagroso modo con que Mario, preso en oscuro calabozo, liberta su cuerpo al filo agudo de puñal homicida, y consigue con una sola mirada desarmar con presteza al traidor asesino que, sin piedad, momentos antes quisiera partirlle el corazón; aparte mostrar cómo Alejandro, allá en Arbelas, teniendo enfrente de su ejército de 50,000 hombres á su enemigo Darío con otro ejército, compuesto de un millón, rechaza los planes que Parmeniön le propone, de emprender la batalla por sorpresa y en las sombras de la noche, porque, además de anhelar que el sol presencie su victoria, conoce que la luz de su mirada enardece la sangre en las venas del soldado griego; aparte todos estos datos históricos, puede asegurarse que los ojos ejercen soberano é incontrastable poder en el mundo; sobre todo, los ojos de las mujeres.

Ninguna facción cuenta la mujer en su rostro que mayor y más vivo interés despierte. Hermosísima la boca, con sus labios rosados y sus adornos de perlas, la cual, como los capullos de Mayo para esparcir por el viento sus aromas, se abre con gracia para contarle al corazón sus amores; incomparable la cabeza, de donde penden, como de los cometas errantes las áureas cabelleras, cuyo fulgor maravilla, las luengas y blondas trenzas cuya hermosura cautiva; divina, si queréis la pálida color, ó la color sonrosada de la tez; pero, digámoslo en justicia: como las arqueadas cejas, como los largos párpados, guardadores de hondos abismos; como los ojos, en fin, ninguna facción superior en el rostro de la mujer.

Y no distingáis de color. Para casos de amores, todos son por igual bellos, y todos hablan al alma con la misma soberana elocuencia. Un ilustre poeta castellano lo ha dicho en la siguiente preciosa quintilla:

Corazón, que en tiernos años
por unos ojos te pierdes;
para entender sus amaños
no mires si son castaños,
negros, azules ó verdes.

Efectivamente; cuando se visitan las provincias meridionales de nuestra España, y á la luz clarísima de aquel sol siempre espléndido, se ven, por las orillas del poético Mediterráneo, vagar, radiantes de belleza, las sencillas pescadoras, el ánimo suspenso no sabe qué admirar más, si el claro azul de aquel mar sin porcelanas y sin tormentas, ó el subidísimo negro de aquellos ojos, cuyos rayos ardientes delatan en el corazón profundas é impetuosas pasiones.

Y del Mediodía pasáis al Norte de Europa; y ya en las riberas de sus ríos helados, ya en el espesor de sus selvas umbrías, ya en las faldas de sus montes altísimos, bajo aquel cielo cubierto siempre de nubes, y entre aquella atmósfera húmeda y aquellas nieblas eternas, véis la moza de blanca tez, de rubia cabellera, de mirada dulcísima, cuyos ojos azules parece como que Dios los ha puesto en su rostro para compensar así la tenebrosa oscuridad que asombran los

tristes horizontes de su patria. No distingá de color quien desee leer la manera de sentir de un alma, que, cuando el pecho se halla encendido en amores, las chispas de su fuego centellean por igual en los garzos que en los negros, que en los azules ojos.

Como la estrella polar sirve de norte á los marineros perdidos en la soledad inmensa de los mares, salvándolos con su luz de escollos peligrosísimos y de naufragios terribles, así los ojos de la mujer lucen cual faro de esperanza en el proceloso mar de la vida, y merced al destello de su luz purísima puede el hombre encaminarse al tranquilo y sereno puerto del amor y de la felicidad. De ahí la especie de poder sobrenatural que ejercen sobre nosotros en el mundo.

Mirad el audaz navegante cómo surca, con cuánta serenidad, el hirviente Océano, sin temor al rugido de sus ondas, ni á las sirtes de sus escollos; mirad el soldado valeroso cómo lucha, con cuánta fiereza en los campos de batalla, prefiriendo, en su heroísmo, cien veces la muerte á la derrota; y después de haberlos visto transformados ante el peligro, por su coraje y su bravura, en leones arrogantes del desierto, miradlos convertidos ahora, por virtud de una mirada dulce y de una sonrisa hechicera, en corderos mansos pendientes del mirar caprichoso de unos ojos bellos. Creedlo, como la serpiente enroscada en el árbol ú oculta en los zarzales, atrae con sus brillantísimos ojos, á sus fauces, al inquieto pajarillo, que salta por las ramas, que vuela por los aires, que celebra por los bosques con trinos y gorjeos sus amores, así los ojos de la mujer logran fascinar y someter á su antojo la voluntad más inquebrantable y el corazón más duro del hombre.

GINÉS ALBEROLA.

NOTICIAS Y COMENTARIOS



LA señora doña Emilia Pardo de Bazán, notable escritora, que cultiva con igual felicidad la historia que la novela, está publicando en *La Epoca* una serie de artículos acerca de la escuela literaria llamada, con mayor ó menor exactitud, el Naturalismo.

La señora Pardo de Bazán demuestra, en lo que lleva publicado, conocimiento del asunto, así en su aspecto histórico, como en el fundamental de la doctrina.

La autora de *Un viaje de novios* no podía ser enemiga sistemática del naturalismo sin contradecir sus propias obras, y se nota que sus ataques son efectivamente mucho más templados que los que suelen salir de nuestra prensa contra la escuela citada. Cuando la señora Pardo de Bazán concluya su notable trabajo, tendremos el placer de analizarlo; y con toda la cortesía que merece una escritora tan distinguida, combatiremos los que juzguemos errores en su opúsculo acerca del Naturalismo.

El joven y sabio catedrático de la Universidad de Madrid, don Marcelino Menéndez Pelayo, prepara, y acaso á la hora en que esto se publique haya dado ya á la estampa, una nueva edición de sus *Poesías*.

En cuanto las tengamos en nuestro poder hablaremos de ellas con el detenimiento que toda obra de tal autor merece.

Aunque nos separen del señor Menéndez Pelayo muchas ideas y sentimientos, reconocemos en él gustosos un verdadero corazón de artista y un ingenio de muchos quilates, á más de la erudición que todos confiesan que posee. ¿Es poeta el señor Menéndez Pelayo? Para los que hablan todavía de la inspiración, y del furor pimpleo, y del *deus in nobis* y del *genus irritable vatuum*, no hay duda que el ilustrado profesor no es poeta.— Pero lo que se puede asegurar, y en su día trataremos de probarlo, es que Menéndez Pelayo escribe versos muy correctos, nutridos de pensamientos, que si no llegan á las alturas del genio, ni mucho menos, son preferibles á los que producen otros escritores que, sin juicio contradictorio, han tomado el título de vates, y tienen lira ante la ciudad y el mundo, sin escándalo de nadie. Acaso la única razón que ha habido para conceder á los tales lo que obstinadamente se niega á Menéndez Pelayo es que éste además de versos sabe hacer muchas cosas buenas, y aquí no se puede tolerar que nadie se distingá en más de un concepto. Se aplica la ley de la división del trabajo con excesivo rigor á las materias literarias.

MARTA Y MARIA

NOVELA DE COSTUMBRES

(INÉDITA)

ORIGINAL DE DON

A. PALACIO VALDÉS



ILUSTRACIÓN DE

J. LUÍS PELLICER



DRAMAS DE SHAKSPEARE

(TOMO II)

TRADUCCIÓN DE

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ

ILUSTRACIÓN DE

LOS PRINCIPALES ARTISTAS ALEMANES



JULIO CÉSAR—COMO GUSTÉIS
COMEDIA DE EQUIVOCACIONES



LAS ALEGRES COMADRES
DE WINDSOR



E. DOMENECH Y C.^ª—BARCELONA

Imp. de F. GIRÓ, Ausias March, 97